

La España Católica

Permítasenos la redundancia, porque redundancia es llamar católica a nuestra nación, formada bajo los auspicios de la Cruz. Todas las glorias de España van íntimamente unidas al catolicismo; católicas son nuestras tradiciones, católica nuestra gran literatura, católicas nuestras ciencias y católicas nuestras artes. Católicas, son en fin, nuestras costumbres, mal que pase a las revoluciones de estos últimos tiempos y la acción deletérea de más de medio siglo de liberalismo oficial y corruptor.

Siempre los enemigos exteriores más encarnizados de España fueron los anticatólicos: un día los mahometanos, otro los protestantes.

Así también, en estos desdichados tiempos que atravesamos, en que no sólo tenemos enemigos exteriores, sino que los hay también interiores de la Patria, anticatólicos son unos y otros. Anticatólicos, los pocos protestantes que al amparo de una Constitución liberal hacen causa común con los anglicanos por estar por ellos subvencionados; anticatólicos los republicanos que parecen también estarlo por los elementos que en Francia apoyan la república, a juzgar por la saña con que combaten los intereses españoles en Marruecos; anticatólicos los que quieren que la Monarquía hispana siga el rumbo de la portuguesa para que traiga como consecuencia la exótica institución republicana.

Pues todos estos enemigos interiores habrán quedado anonadados, a pesar de su proverbial osadía, ante la espléndida manifestación de fe católica que acaba de dar España entera, especialmente en Madrid, con el concurso del mundo verdaderamente consciente y honrado.

Los que llamaban Europa consciente a una turba de apaches, habrán quedado confundidos ante el mundial homenaje a Jesús Sacramentado; los que vi viendo tolerados se juzgaban, por complacencias oficiales, en país conquistado y dueños de las muchedumbres, porque gritan, alborotan, insultan y atropellan, habrán visto, muy a pesar suyo, que España es católica, que hace pública ostentación de su fe, que se enorgullece de que hijos plebeyos suyos, ornados con el nimbo de la santidad, sean fundadores de las más esclarecidas Ordenes religiosas a quienes el actual gobierno trata de perseguir, olvidando la acción civilizadora de las mismas por todo el mundo en beneficio de España. Así han venido a proclamarlo de América los ilustres Obispos de unas repúblicas que debieran sonrojar a nuestros republicanos, así

lo han reconocido los representantes de Bélgica, de Francia y de todas las naciones europeas.

El gobierno, que también estaba representado en el Congreso Eucarístico, como lo han estado los más altos poderes, ha podido escuchar esos latidos de la conciencia nacional, robustecidos por los de todo el mundo culto.

El señor Canalejas, que por su política ha recibido los parabienes de la masonería universal, habrá visto que el mundo católico, unido en Jesús Sacramentado, sin distinción de ideas políticas, condena su obra sectaria y de despropósitos.

Tiempo tiene de arrepentirse si de buena fe creyó servir a la opinión pública; si juzgaba que una mayoría servil artificialmente confeccionada para que le sirva de instrumento de «gobierno» era toda la nación, ya es hora de que se apece de su burro.

De lo contrario la España católica, es decir, la inmensa mayoría de los españoles le demostrará que si ayer fué día de orar, vendrá otro en que todos esgrimiremos el mazo.

E. Z.

El gran trinado de la Eucaristía

De la memoria a la pluma, de la pluma al papel se escapan, sin poderlas contener aquellas exclamaciones de triunfal victoria que han grabado veinte siglos sobre las ruinas de los imperios, sobre la tumba de todos los herejes, sobre el Capitolio de los Emperadores romanos, sobre las cumbres de las montañas iluminadas por la luz del Evangelio: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*. «Jesucristo vence, Jesucristo reina, Jesucristo manda.»

(Gloria a Jesús Sacramentado!)

La católica España de Recaredo y de los inmortales Concilios Toledanos; la patria de los Isidoros, de los Leandros, de los Braulios, de los Ildefonsos; la tierra de los prodigios eucarísticos de Jaén, Dávila, Lugo y El Rocío; la cuna de los enamorados de la Eucaristía, San Pascual Bailón, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San José de Calasanz; la España de las Cruzadas contra los enemigos de la Religión de Cristo: la España de los Reyes San Fernando de Castilla y Jaime de Aragón el Conquistador, la España de los Autos sacramentales, de Lope de Vega, Calderón, Valdivielso; esta España que aunque humillada ahora y decadente, se acuerda de su glorioso pasado cuando por la Religión fué reina del mundo, siente hoy avivarse su fe, acrecentarse su religiosidad, y como fuera de sí prorrumpe en acorde himno de alabanzas a Jesús Sacramentado, se pos-

tra ante su acatamiento en señal de adoración y vasallaje, ofreciendo al mundo un espectáculo tal que sobrepasa con mucho, al decir del insigne Obispo de Namur a los presenciados por las demás naciones en que se celebraron los anteriores Congresos eucarísticos.

¿Cómo no sentirnos orgullosos de esta fiesta solemnisima donde la reverencia, la grandeza, la santidad y todos los afectos más tiernos y más sublimes del corazón han entretejido a la Sagrada Hostia, según frase del Eunuco, Cardenal Aguirre, con sus fervorosas y apasionadas manifestaciones, una guirnalda incomparable de devoción y cariño?

La poesía y la música, la elocuencia y la literatura, la filosofía y la ciencia, el arte, la historia y la teología, han ofrecido a Jesús Sacramentado sus más ricos presentes levantando a su honor y gloria un monumento imperecedero.

Millares y millares de corazones han palpitado al unísono movidos con una misma aspiración y alentados por idéntica esperanza ante el Sacramento del amor.

Es el mundo por medio de los representantes de todas las naciones que ha reconocido, ofreciéndole pleito vasallaje, la realeza de Jesucristo; es España, por medio de sus hijos de todas las provincias, que ha proclamado a Jesucristo su Rey, Rey que ha jurado: *Reinaré en España!* a despecho de las maquinaciones y de la persecución y guerra sin tréves de la masonería aliada con el liberalismo entrinorado.

No y mil veces no: la fe de España no morirá, no puede morir.

La fe que tiene por fundamento el augusto Pilar de Zaragoza contra el cual se estrellaron sin hacerle mella las borrascas de las persecuciones de Decio y de Diocleciano y el empuje salvaje de los furiosos hijos del Islam; la fe que sellaron con su sangre millares y millares de españoles desafiando los coleros y las espadas de los verdugos; la fe que tiene por trono el trono de Recaredo y de San Fernando, de los Reyes católicos y del gran Felipe II; la fe que obtuvo oficial proclamación en el inmortal Concilio Toledano; la fe que fué alma y vida, valor e inspiración, santidad y ciencia, arte y literatura, exaltación y gloria de nuestra España; la fe que nos hizo grandes y detuvo en medio del cénit el disco del sol para engarzarlo en el cerco de oro de nuestra corona; la fe de nuestros padres que bebimos en la cuna, que nos alumbró en el camino de la vida, que será faro de inmortales esperanzas sobre nuestro sepulcro; la fe, re-

gada con sangre, defendida con la espada, cantada por la poesía, propagada con la ciencia de los españoles, no muera ni puede morir mientras aliente en España un corazón verdaderamente español, mientras no se extingan las aureolas de nuestro santos, mientras quede en nuestro suelo una sola gota de sangre de nuestros innumerables mártires, mientras se levante un templo en nuestras ciudades y una cruz en nuestros erguidos montes y una esperanza en el corazón de nuestro pueblo.

ENRIQUE BAYERN

En nuestro Parlamento, todo se puede juzgar, todo se puede discutir; lo único que se considera inviolable es el Jefe del Estado; y, esto no obstante, durante el Gobierno del Sr. Canalejas, ha sido objeto de amargas diluciones.

¿A dónde vamos a parar por este camino?

MI LIBRE PENSAMIENTO

Si por casualidad llego a encontrarme algún periodiquito,

de los que la bota del arroyo es su tinta y tintero, tapándose el oído, lo desecho y en vida ellos lo olvidan.

Es preciso expulsar monjes y frailes; a la Iglesia quitar sus atributos, y cortar al clero,

porque la libertad así lo ordena y lo exige el progreso.

No hemos de tolerar el que le pongan a la conciencia freno; esos seres fanáticos e incultos de capucha y de velo...

Quando veo tamaños disparates en el papel impreso, asombrado de que haya quien exponga extremos tan opuestos,

ya digo, para mí, cómo es posible fanaticen al pueblo, haciéndole olvidar sus tradiciones, como muchos lo han hecho,

solo con la lectura irreflexiva de tantos «expertos».

¿Qué concepto forman los secuaces del libre pensamiento?

Acaso los católicos no tienen ideas en su cerebro, para pensar también en lo que quieran, y en uso de un derecho escoger el estado que les cuadre, sin que le importe un bledo a esa turba sacrilega y grosera de torpes vocingleros?

Restaurar nuestra España éstos pretenden, pero no con los hechos, que si alguna vez obran, es quemando Iglesias y conventos.

Aunque les pese, ya de esos farsantes he comprendido el juego, y gritaré muy alto, que me oigan, contestando a esos necios:

¡viva la Religión! quiero ser libre, tan libre como el viento, para decir doquiera con orgullo lo que siento en mi pecho:

¡viva, viva mi Dios! y no esclavicen mi libre pensamiento